



CAPITULO 1



Era la una de la mañana y yo estaba mirando a un gato. Probablemente era un gato blanco, aunque no había forma de asegurarlo en la oscuridad; la poca luz de la luna que se filtraba por las ventanas rotas hacía de la habitación una versión más vieja de sí misma, una escena de una película en blanco y negro. Las paredes de bloques de cemento eran grises, los barriles abollados y las pilas de tablones de madera eran grises, los montones de latas de pintura a medio usar eran grises; y allí en el centro, sin moverse, había un gato gris.

Jugué con el botellón de plástico en las manos, girándolo hacia delante y hacia atrás, escuchando cómo la gasolina se agitaba dentro de la botella. Tenía una caja de fósforos en el bolsillo, y una pila de trapos aceitosos en mis pies. Había suficiente madera vieja y químicos ahí para iniciar un incendio espectacular, y deseaba desesperadamente iniciar uno, pero no quería hacerle daño a ese gato. Ni siquiera me atrevía a

asustarlo para que se fuera, por miedo a perder el control. Así que solo lo observaba, esperando. Tan pronto como se fuera, este lugar iba a desaparecer.

Era finales de abril, y la primavera finalmente estaba ganando la batalla de transformar un aburrido y congelado condado de Clayton en uno alegre y verde. Una gran parte de esto, claro, se debía al hecho de que el Asesino de Clayton nos había dejado finalmente en paz: sus violentos asesinatos habían durado casi cinco meses, pero repentinamente habían cesado, y nadie sabía nada de él desde enero. La gente del pueblo permaneció temerosa un par de meses más, cerrando sus puertas y ventanas cada noche y apenas atreviéndose a prender la televisión al despertar, por miedo a ver otro cadáver destrozado en las noticias matutinas. Pero no ocurrió nada, y lentamente empezamos a creer que esta vez de verdad había acabado todo y no habría más cadáveres que recoger. El sol salía, la nieve se derretía y la gente empezaba a sonreír otra vez. Habíamos superado la tormenta. Clayton llevaba casi un mes siendo tentativamente feliz.

De hecho, yo era la única persona que no había estado preocupada en absoluto. Yo sabía con certeza que el Asesino de Clayton se había ido para siempre, allá por enero. Después de todo, fui yo quien lo mató.

El gato se movió. Bajó la cabeza, y dejó de ponerme atención para lamerse la pata. Me quedé completamente inmóvil, esperando que me ignorara, se olvidara de mí, saliera a cazar o algo así. Supuestamente los gatos son cazadores nocturnos y este tenía que comer en algún momento. Saqué un reloj de mi bolsillo –un reloj de pulsera de plástico barato al que



le había arrancado las correas— y volví a revisar la hora. 1:05. Esto no estaba yendo a ningún lugar.

El almacén había sido construido como un depósito de suministros para una empresa de construcción hace muchos, muchos años, en la época en la que la gran fábrica de madera del pueblo era nueva y la gente todavía pensaba que el condado de Clayton podía convertirse en algo más. Nunca lo hizo, y mientras la fábrica de madera seguía funcionando a marcha forzada, la compañía de construcción recortó el personal y se fue a casa. Desde entonces, no he sido el único que ha hecho uso del edificio abandonado: las paredes están cubiertas con graffiti y el suelo dentro y fuera está lleno de latas de cerveza y envoltorios vacíos. Incluso me encontré con un colchón detrás de unos tablones de madera, presumiblemente el hogar temporal de algún vagabundo. Me pregunté si el Asesino de Clayton había acabado con él también antes de que yo lo detuviera; en cualquier caso, el colchón estaba mohoso por falta de uso y supuse que nadie había estado aquí en todo el invierno. Cuando finalmente tuviera la oportunidad, ese colchón iba a ser el corazón de mi elaborado incendio.

Esta noche, sin embargo, no había nada que pudiera hacer. Tenía que seguir mis reglas, y esas reglas eran muy estrictas: la primera decía “No lastimar animales”. Esta ya era la cuarta vez que el gato me había impedido quemar el almacén. Supongo que debería estar agradecido, pero... realmente necesitaba quemar algo. Un día de estos tomaría a ese gato y... No. No lastimaría al gato. Nunca más volvería a lastimar a nadie.

Respira profundo.

Dejé el botellón de gasolina en el suelo; no tenía tiempo para esperar al gato, pero podía quemar algo más pequeño. Tomé un tablón de madera y lo arrastré hacia afuera, luego volví por la gasolina. El gato seguía allí, ahora sentado en un cuadrado entrecortado de luz de luna, mirándome.

—Un día de estos —dije antes de darme la vuelta y salir de ahí. Rocié un poco de gasolina en el tablón de madera, apenas lo suficiente para que fuera más fácil, luego coloqué el botellón junto a mi bici, lejos de donde iniciaría el fuego. La seguridad primero. Las estrellas estaban apagadas y los árboles en el bosque estaban cerca, pero el almacén se encontraba en un claro de grava y pasto seco. Por algún lugar de entre los árboles se colaba el murmullo de la carretera interestatal, llena de semirremolques nocturnos y algún que otro coche somnoliento.

Me arrodillé junto al tablón, olí la gasolina en el aire y saqué mis fósforos. No me tomé la molestia de romper la madera o preparar exactamente una fogata, solo prendí el fósforo y lo dejé caer sobre la gasolina, mientras veía cómo estallaba, brillante y amarilla. Las llamas lengüetearon la gasolina y luego, lentamente, comenzaron a quemar la madera. Miré de cerca, escuchando los pequeños crujidos y chasquidos mientras el fuego encontraba residuos de savia. Cuando el fuego ya había envuelto el tablón, lo tomé de una esquina segura y lo volteé para que las llamas pudieran propagarse y extenderse por el resto de los bordes. Se movían como un ser vivo, tanteando la madera con un delgado dedo amarillo, probándolo para luego llegar a devorarlo ávidamente.

El fuego prendió bien, mejor de lo que había esperado. Me pareció una pena que se desperdiciara en un solo tablón, así



que arrastré otro desde el almacén y lo eché al centro del fuego. La llama ahora era lo suficientemente grande como para rugir y crepitar, y saltó hacia la nueva madera con claro deleite. Le sonreí, como el orgulloso dueño de un perro precoz. El fuego era mi mascota, mi compañero, y la única catarsis que me quedaba; cuando el Señor Monstruo clamaba para que yo rompiera mis reglas y lastimara a alguien, siempre podía apaciguarlo con un buen fuego. Vi la llama extenderse por el segundo tablón y escuché el sordo rugido mientras quemaba el oxígeno. Sonreí. Quería más madera, así que entré por dos tablonés más. Un poco más no lastimaría a nadie.



—Por favor, no me lastimes.

Me encantaba cuando ella decía eso. Por alguna razón, siempre esperaba que me preguntara “¿Vas a lastimarme?”, pero era demasiado lista para eso. Estaba atada a la pared de mi sótano y yo tenía un cuchillo... Por supuesto que iba a lastimarla. Brooke no hacía preguntas estúpidas, una de las razones por las que me gustaba tanto.

—Por favor, John, te lo ruego; por favor, no me hagas daño.

Podía escuchar eso por horas. Me gustaba porque iba directo al punto: yo tenía todo el poder en la situación y ella lo sabía. Sabía que sin importar lo que quisiera, yo era el único que podía dárselo. Solo en esta habitación, con el cuchillo en mi mano, yo era su mundo entero, sus esperanzas y sus miedos al mismo tiempo, su todo a la vez.

Moví el cuchillo imperceptiblemente y sentí una descarga de adrenalina mientras sus ojos se movían para seguirlo: primero a la izquierda, luego a la derecha; ahora arriba, ahora abajo. Era un baile íntimo, nuestras mentes y cuerpos en perfecta sincronía.

Ya había sentido esto antes, cuando apunté con un cuchillo a mi mamá en la cocina, pero ya desde entonces sabía que Brooke era la única que realmente importaba. Brooke era con quien quería conectar.

Levanté el cuchillo y di un paso al frente. Como haría un compañero de baile, Brooke se movió al unísono, presionando la espalda contra la pared, con los ojos cada vez más abiertos y la respiración cada vez más rápida. *Una conexión perfecta.*

Perfecta.

Todo era perfecto, justo como me lo había imaginado mil veces. Era una fantasía hecha realidad, un escenario tan completo que empecé a sentir que me arrastraba hasta arrasar conmigo. Sus grandes ojos concentrados completamente en mí. Su piel pálida temblando conforme me acercaba a ella. Sentí un arrebato de emociones turbias dentro de mí, derramándose y formando ampollas en mi piel.

Esto está mal. Esto es exactamente lo que siempre he querido, y exactamente lo que siempre he querido evitar. Se siente bien y mal al mismo tiempo.

No sé distinguir entre mis sueños y mis pesadillas.

Esto solo podía terminar de una manera, la manera en la que siempre terminaba. Metí el cuchillo en el pecho de Brooke, ella gritó y yo desperté.

–Despierta –repitió mamá mientras encendía la luz. Me di la media vuelta y gruñí. Odiaba despertar, pero odiaba

dormir aún más, era demasiado tiempo para pasar solo con mi inconsciente. Hice una mueca y me obligué a sentarme. *Había sobrevivido a otro sueño. En tan solo veinte horas tendría que volver a hacerlo.*

–Hoy es un día importante –anunció mamá, abriendo las cortinas metálicas de mi ventana–. Después de la escuela tienes otra cita con Clark Forman. Vamos, levántate.

Volteé para mirarla, con los ojos entrecerrados, todavía adormilado.

–¿Otra vez Forman?

–Te lo comenté la semana pasada –dijo ella–. Posiblemente sea otra declaración.

–Como sea.

Salí de la cama y me dirigí al baño para darme una ducha, pero mamá me bloqueó el camino.

–Espera –dijo con severidad–. ¿Qué decimos?

Suspiré y repetí nuestra frase ritual de la mañana:

–Hoy voy a tener buenos pensamientos y sonreírle a todas las personas que vea.

Sonrió y me dio una palmadita en el hombro. A veces quisiera simplemente tener un despertador.

–¿Corn Flakes o Cheerios para desayunar?

–Puedo servirme mi propio cereal –respondí y la hice a un lado para pasar al baño.

Mi mamá y yo vivíamos arriba de la funeraria en un barrio tranquilo a las afueras de Clayton. Técnicamente estábamos al otro lado de la línea municipal, lo que nos colocaba en el condado antes que en el pueblo, pero el lugar era tan pequeño que a nadie le importaba realmente dónde estaban las

líneas divisorias. Vivíamos en Clayton, y gracias a la funeraria éramos una de las pocas familias en las que ninguno de sus integrantes trabajaba en la planta de madera. Uno pensaría que en un pueblo pequeño como este no tendría suficientes muertos como para mantener el negocio de la funeraria, y de hecho era verdad: vivíamos contra las cuerdas la mayor parte del año, luchando para pagar las cuentas. Mi papá pagaba su parte de mi manutención, o más correctamente, el gobierno embargaba parte de su sueldo para que la pagara, pero aun así no era suficiente. Luego, el pasado otoño apareció el Asesino de Clayton y nos dio mucho trabajo. La mayor parte de mí pensaba que era triste que tanta gente tuviera que morir para que el negocio fuera redituable, pero el Señor Monstruo lo disfrutaba de principio a fin.

Naturalmente, mamá no sabía sobre el Señor Monstruo, pero sí sabía que había sido diagnosticado con Trastorno de Conducta, que es más que nada una forma educada de decir que soy un sociópata. El término oficial es Trastorno de Personalidad Antisocial, pero no tienen permitido llamarlo así antes de los 18 años. A mí todavía me faltaba un mes para cumplir los 16, así que era Trastorno de Conducta. Me encerré en el baño y me quedé mirando el espejo. Estaba lleno de pequeñas notas y post-its que mamá dejaba para recordarnos cosas importantes; no cosas cotidianas como citas, sino "palabras de inspiración para la vida". A veces la escuchaba recitarlas para sí misma mientras se arreglaba en la mañana, cosas como: "Hoy va a ser el mejor día de mi vida", y tonterías por el estilo. La más grande era una nota que había escrito específicamente para mí compilando la lista de reglas, escritas en una



hoja rayada rosa que mamá había pegado por las esquinas al espejo. Eran las mismas reglas que yo había creado hacía años para mantener al Señor Monstruo encerrado, y las había seguido bien por mi cuenta hasta el año pasado, cuando tuve que dejarlo salir. Ahora mamá se encargaba de hacérmelas cumplir. Leí la lista mientras me lavaba los dientes:

REGLAS:

- NO LASTIMAR ANIMALES .
- NO QUEMAR COSAS .
- CUANDO PIENSE COSAS MALAS DE ALGUIEN, ALEJAR MIS PENSAMIENTOS Y DECIR ALGO BUENO SOBRE ESA PERSONA .
- NO LLAMAR A NADIE "ESO" .
- SI EMPIEZO A SEGUIR A ALGUIEN, IGNORARLO TANTO COMO ME SEA POSIBLE EL RESTO DE LA SEMANA .
- NO AMENAZAR A LAS PERSONAS, NI SIQUIERA IMPLÍCITAMENTE .
- SI ALGUIEN ME AMENAZA, ABANDONAR LA SITUACIÓN .

Obviamente, aquella regla de quemar cosas ya la había dejado atrás. El Señor Monstruo era tan insistente, y la supervisión de mamá tan restrictiva, que algo tenía que ceder, y fue eso. Iniciar incendios –pequeños y contenidos que no lastimaran a nadie–. Hacerlo era como una válvula de escape que liberaba toda la presión que se acumulaba en mi vida. Era una regla que *tenía* que romper si quería mantener la esperanza de seguir las otras. No le dije a mamá que lo estaba haciendo, por supuesto; la había dejado en la lista, solo que la ignoraba.

Honestamente, aprecio la ayuda de mamá, pero... se está volviendo muy difícil vivir con eso. Escupí la pasta de dientes, me enjuagué la boca y fui a vestirme.

Desayuné en la sala, viendo las noticias matutinas mientras mamá daba vueltas en el pasillo detrás de mí, tan lejos como el cable de su rizador de pelo se lo permitía.

–¿Ha pasado algo interesante en la escuela? –preguntó.

–No –contesté.

No había nada interesante en las noticias tampoco. O bueno, al menos nada de nuevas muertes en el pueblo, que usualmente era lo único que me importaba.

–¿Realmente crees que Forman quiere verme para otra declaración?

Mamá hizo una pausa por un momento, silenciosa detrás de mí. Sabía en qué estaba pensando: había cosas que todavía no le habíamos dicho a la policía sobre lo que había sucedido esa noche. Una cosa es que te persiga un asesino serial, pero otra es que un asesino serial resulte ser un demonio y se derrita hasta convertirse en ceniza y lodo negro

frente a tus ojos. ¿Cómo se supone que debo explicar eso sin que me metan a un psiquiátrico?

–Estoy segura de que solo quiere asegurarse de que tengan todo bien –respondió–. Les dijimos todo lo que hay que decir.

–Todo excepto el demonio que trató de...

–No vamos a hablar al respecto –dijo mamá con severidad.

–Pero no podemos solo hacer de cuenta que...

–No vamos a hablar al respecto –repitió mamá. Odiaba hablar del demonio y casi nunca lo reconocía en voz alta. Yo estaba desesperado por hablarlo con alguien, pero la única persona con quien podía compartirlo se negaba a siquiera pensar en eso.

–Ya le conté todo lo demás infinidad de veces –insistí, cambiando de canal a la tele–. Una de dos: o sospecha algo o es un idiota.

El nuevo canal era tan aburrido como el último. Mamá se quedó pensando un momento.

–¿Estás teniendo malos pensamientos sobre él?

–Ay, mamá, por favor...

–¡Esto es importante!

–Puedo hacer esto solo –afirmé, bajando el control remoto–. Llevo haciéndolo mucho tiempo. No necesito que me recuerdes constantemente cada pequeña cosa.

–¿Estás teniendo malos pensamientos sobre mí en este momento?

–Estoy comenzando a tenerlos, sí.

–¿Y?

Puse los ojos en blanco.

–Te ves muy bien hoy –dije.

–Ni siquiera me has visto desde que prendiste la televisión.

–No tengo que decir cosas sinceras, solo cosas buenas.

–Ser sincero ayudaría...

–¿Sabes qué ayudaría? –pregunté, poniéndome de pie y llevando mi tazón vacío a la cocina–. Que dejaras de molestarte todo el tiempo. La mitad de las cosas malas en las que pienso son causadas por ti y tu obsesión de vivir persiguiéndome.

–Mejor yo que alguien más –respondió desde el pasillo, imperturbable–. Sé que me quieres lo suficiente como para no hacer algo drástico.

–Soy un sociópata, mamá, no quiero a nadie. Por definición.

–¿Eso es una amenaza implícita?

–Ay, por favor... No, no es una amenaza. Ya me voy.

–¿Y?

Regresé unos pasos hacia el pasillo, mirándola con frustración. Lo volvimos a recitar:

–Hoy voy a tener buenos pensamientos y sonreírle a todas las personas que vea.

Tomé mi mochila, abrí la puerta y me di la vuelta para verla una vez más.

–Te ves muy bien hoy –repetí.

–¿Y eso por qué fue?

–No quieres saber.